

CAPITULO I EL ENCARGO DEL IMPERATOR

«NO EXISTE NADA QUE ME DIVIERTA MÁS NI QUE ME PRODUZCA TANTO REGOCIJO Y PLACER COMO COMPROBAR A DIARIO QUE NO HAY NADA MÁS ÚTIL Y MANEJABLE PARA MIS PROPIOS FINES QUE LA VIOLENCIA DEL IGNORANTE».

*CONDE ALEXANDER VON HASSLER RAVENTTLOFT.
(COMENTARIOS)*

—Hace un poco de frío mi querido Conde, ¿no creéis?

—En absoluto, mi apreciado Slava Taideff, en absoluto. No hay nada que nos enseñe más a valorar algo que la propia ausencia de ese algo —murmuró el Conde con voz lejana.

Slava Taideff fue a protestar pero se cuidó mucho de importunar al Conde pese a que para sus adentros maldijese la mal disimulada condescendencia de la que hacía gala. Un rasgo muy suyo era el uso de floridas frases en los momentos más inverosímiles. La actitud del sobrino del Imperator no daba pie para la más mínima duda. No quería despegar los labios para ningún tipo de bagatelas. Por un momento, con el rabillo de un ojo gris perla, Slava Taideff recorrió de arriba a abajo la singular figura del Conde Alexander Von Hassler, sobrino del Señor del Imperio de las dos águilas de platino.

Se hallaba cómodamente sentado con sus delgadas piernas cruzadas, luciendo unas relucientes botas de caña alta. Sobre sus rodillas apoyaba ambas manos embutidas en la clásica casaca negra Imperial. Tocándose cada yema de sus dedos formando una semiestrella que partía sus labios en dos partes iguales. Un hermético rostro de pálida piel, a cuyos lados caía una amplia melena de rizados cabellos negros como el carbón. Sus párpados seguían

cerrados ocultando unas profundas pupilas que parecían haberse sumergido en los laberínticos pensamientos del Conde.

Una vez más Slava Taideff se agitó nervioso. Todo a su alrededor era silencio y oscuridad, una siniestra oscuridad que le ponía la piel de gallina, aunque nuevamente se guardó mucho de que sus regordetes rasgos transmitirán el más leve gesto de debilidad. Podía sentir el aliento del depredador tanteando a su nueva presa con sibilina paciencia.

A sus espaldas percibía la respiración del Senescal del Conde, Mesala, aunque era más correcto llamarle «Mesala el cruel». Era la mano derecha del Conde. Sus cabellos platinos, sus ojos azules como el mar y su alta y musculosa figura estaban completamente ocultos por aquella omnipresente oscuridad. La única luz que llegaba a las retinas de Slava Taideff era la de una arena con forma pentagonal situada a no muchos metros de su dorado palco Imperial.

De una de sus metálicas puertas triangulares, en no mucho tiempo, saldría el principal motivo que justificaba su presencia en aquel maldito palco y en aquel maldito planeta, Akila. Inconscientemente se llevó la mano a su dorado reloj que pendía de una gruesa cadena de oro, colgada a un elegante chaleco de seda roja que delataba una amplia y pronunciada barriga. Un reloj que para muchos podía ser una antigualla pero que para el embajador de Septem era un signo de distinción.

—No os impacientéis mi querido embajador, no os impacientéis —dijo sonriente y sin abrir los ojos el Conde mientras volvía a cruzar las piernas pero cambiándolas de posición.

Slava Taideff guardó el reloj no sin darle cuerda antes, disponiéndose a aguardar pacientemente. Aquello era una severa prueba para sus nervios, y el Conde *¡Malditas fueran sus entrañas!* lo sabía. Eran cerca de las cuatro de la madrugada y no solo todavía no había logrado adaptarse a los bioritmos de aquel condenado planeta sino que lo habían sacado de sus aposentos a aquellas horas tan intempestivas. La excentricidad del Conde era insoportable. *¿Es que aquello no iba a comenzar nunca?* Y además aquel penetrante frío que se le metía a uno hasta los huesos.

4 Inesperadamente el Conde chasqueó sus dedos. Los calefactores situados debajo de sus asientos comenzaron a funcionar. Un suspiro de alivio aleteó por

los carnosos labios de Slava Taideff al mismo tiempo que una amplia sonrisa se dibujaba en el rostro de Mesala y de forma más discreta en las cinceladas facciones del Conde. El calor empezó a acariciar todo su cuerpo. Lanzó otra furtiva mirada al Conde. El silencio de este parecía decirle: «Tened la bondad de aguardar un poco más y de no interrumpir mis meditaciones».

Trató de serenarse haciendo por enésima vez, un repaso de sus instrucciones. Los máximos dignatarios de la Heptarquía de Septem, su mundo de origen, habían sido muy precisos en sus órdenes al respecto:

< <No le provoquéis y dadle lo que pide, no debéis levantar ni la más mínima sospecha. Ha de estar completamente seguro y satisfecho del producto que le ofrecéis, de que éste cumple los requisitos exigidos por el Imperator, de tal manera que no pueda siquiera imaginar la posible existencia de uno mejor. Independientemente del resultado de la guerra, y estad seguro que ésta estallará en breve, el vencedor saldrá lo bastante debilitado como para que no sea ningún obstáculo para que Septem ocupe el lugar que le corresponde por derecho propio, como lo ocupó siglos atrás antes de sucumbir bajo el poder del planeta Thenae. Ese será un error que no volveremos a cometer. Nuestra recuperada grandeza superará incluso a la del mismo Imperio de las dos águilas > > .

Slava Taideff pasó la mano por su perilla gris, ocultando una secreta satisfacción. El universo entero sucumbiría ante toda una nueva raza, una soberbia raza de guerreros creados genéticamente, dando como fruto a un híbrido humano—animal, con unas capacidades que superaban todo lo visto hasta el momento. Nadie podía ni tan siquiera soñar que Invenio, con su más sofisticada tecnología molecular, había logrado fabricar un mineral de Vignis artificial de diez veces más calidad que el extraído en las minas de Krystallus—Nova, un mineral usado para la aplicación y producción mediante ingeniería genética de una raza de superguerreros, de los cuales el Imperator solo tendría un vulgar prototipo—Beta de baja calidad. Septem había hecho realidad lo que para los antiguos era tan solo un sueño sobre el papel y los primitivos relatos de ciencia—ficción, y nadie, absolutamente nadie, lo sabía. Ni tan siquiera el propio Conde.

Todo el cosmos temblaría ante aquella portentosa creación, que cada día era perfeccionada por los científicos de Septem. Aquello era tan solo el

principio de una senda que ofrecía infinitas posibilidades, una senda única y exclusivamente controlada por Septem. *Quién tiene el control, tiene el poder*, pensó orgulloso de sí Slava Taideff. Lo que el Conde ignoraba era que lo que le estaba brindando Slava Taideff era hacer de cobaya para ellos. Las mejores marionetas son aquellas que no saben que lo son. Y él, era el constructor de las marionetas. *La vida, en ocasiones, es tan hermosa*, pensó Slava Taideff con alegría. Al fin y al cabo qué eran la inmensa mayoría de los hombres sino simples marionetas. Títeres en manos del poder, salvo, claro está, quienes sabían hacerse un hueco en él. Y en ese momento Septem era el poder. Y él, Slava Taideff, la persona que manejaba con suprema maestría los hilos de las marionetas.

—¿En cuánto tiempo Mesala? —preguntó repentinamente el Conde.

—Cinco minutos, diez como máximo mi Señor.

—Bien, bien. Podemos esperar, ¿no es verdad mi querido embajador?

—No faltaba más mi estimado Conde —dijo Slava Taideff observando con curiosidad las manos del Conde. Eran unas manos delicadas, largas, suaves como la seda, *acostumbradas a ser servidas al instante*, pensó con ironía Slava Taideff. El Conde portaba en ambos índices y meñiques cuatro dorados anillos que lucían engastadas cuatro enormes perlas de Iridyssen, de enorme valor.

—Todo llega a quién sabe aguardar —dijo el Conde con una enigmática sonrisa.

—Por supuesto, por supuesto —aceptó Slava Taideff.

Semiángel, semibestia. El hombre es una criatura volátil, pensó el embajador de Septem para sí. *Y este que tengo ante mi es uno de los más extraños y desconcertantes.*

El portón de la puerta triangular se abrió verticalmente mostrando una doble hilera de soldados uniformados que comenzaron a tomar posiciones alrededor de toda la arena. Todos ellos armados con potentes rifles láser de disparo automático. La iluminación aumentó de intensidad.

—Bien, espero que las afirmaciones sobre vuestros productos de ingeniería genética se vean justificados esta noche —murmuró el Conde con los ojos cerrados.

—Pero mi querido Conde, en Septem hemos elevado la ciencia de la transgenética a la categoría de arte. Un pintor crea cuadros, un escritor libros, pero ni por asomo se pueden comparar todos estos logros con el de crear la Vida. El fruto de nuestro arte está vivo. ¡Son criaturas vivas!, mi Señor —respondió indignado Slava Taideff.

—Por muy vivas que estén son artificiales. Todo lo creado por el hombre independientemente de los medios de que se valga, ha sido, es y será siempre catalogado como artificial.

—Es cuestión de puntos de vista. Aunque reconozco que el vuestro es tan respetable como el que más.

—Veremos.

—Pero mi Señor, os voy a proporcionar el sueño de todo militar, de todo ejército de todo líder como vos. El soldado perfecto.

—¿Qué soldado es ese? —preguntó el Conde con irónica curiosidad.

—El que os traerá la victoria sobre vuestros rivales —sentenció Slava Taideff.

—Ningún enemigo mío o del Imperator es digno de ser calificado así. No creo que se les pueda considerar rivales. Personalmente les considero como piezas de ajedrez que deben ser eliminadas para que pueda ganar la partida. Resulta más poético así, ¿no creéis?

—Como gustéis mi Señor. Es un punto de vista un tanto sugerente.

Slava Taideff deglutió. No es que temiera por su seguridad pero no se le había permitido acceder al recinto con ningún tipo de escolta y aquello era frustrante. Se sentía como el manipulador manipulado. Pues bien, otro giro de tuerca del destino, le devolvería el control de la situación. Era tan solo una cuestión de paciencia. Toda precaución pecaba de pequeña cuando se tenía enfrente a una alimaña tan letal como el Conde. Slava Taideff paseó su mirada por las gradas que rodeaban la arena—pentagonal. Permanecían oscuramente vacías. *Tan vacías como el corazón del Conde.* Aquel pensamiento le divirtió y le asustó al mismo tiempo.

Súbitamente por otra puerta triangular situada justo a su derecha emergieron los guerreros seleccionados por el embajador de Septem. Su pulso se aceleró momentáneamente. Dos hombres y una mujer. Ataviados con las protecciones propias para la lucha en la arena. Corazas con protecciones para

brazos y pies, perfectamente adaptados a sus cuerpos. Eran armaduras duras, ligeras y extremadamente flexibles. Como una segunda piel. No convenía estropear una mercancía tan preciosa a los ojos del Conde. El trío de guerreros avanzó lenta y solemnemente. Su apariencia era completamente humana, imagen externa que, sin embargo, ocultaba una ferocidad fuera de lo común junto a unos recursos tan insospechados como mortíferos. *Abí le espera un auténtico pozo de sorpresas*, pensó Slava Taideff.

Los guerreros se detuvieron en el centro de la arena. Giraron sobre sí mismos a un mismo tiempo, mirando frente por frente al palco Imperial. Acto seguido se arrodillaron levantando un puño a la altura del pecho izquierdo, e inclinaron la cabeza. No podían percibir otra cosa que el escudo Imperial, dos águilas de platino, situado debajo del palco. Estaba protegido por un opaco cristal blindado que ocultaba a sus ocupantes de cualquier mirada del exterior. Permanecieron así durante varias pulsaciones, alzándose y retrocediendo unos cuantos pasos y aguardando pacientemente hasta el inicio del combate. Sus pupilas medían con escrupulosidad hasta el más pequeño detalle de aquel escenario de lucha, buscando las ventajas y desventajas del terreno. Sus sentidos permanecían en máxima alerta, estudiando y palpando con una habilidad, que se percibía muy preparada. No parecían asustados en absoluto. Su control emocional era perfecto.

Los gélidos ojos del Conde se abrieron fugazmente durante un segundo y sus párpados volvieron a caer una vez satisfecha su curiosidad. Los movimientos de los guerreros eran precisos, fríos y fluidos. Aquella primera ojeada agradó y cumplió con las expectativas del Conde. *Son disciplinados y poseen una fuerte empatía entre ellos. Bien eso hará más fácil su instrucción*, pensó el Conde.

—Mesala si eres tan amable —pidió el Conde alargando lánguidamente la mano, mientras Mesala sacaba de un bolsillo de su negra casaca, una larga boquilla, colocándole después de haberlo encendido, un fino cigarrillo especialmente fabricado para el sobrino del Imperator desde los lejanos mundos de Indha.

8 *Raras personas tenían el hábito de los antiguos de tragar humo como el Conde. Exceptuando, claro estaba, a las gentes de Thenae*, pensó

Slava Taideff observando al Conde. Este lo degustó dándole una larga calada, expeliendo el humo con complacencia. Algo arañó la puerta a sus espaldas.

Mesala giró sobre si mismo y oprimió una tecla, abriéndose con un silbido la puerta de entrada. Slava Taideff sintió cómo un cálido y suave pelaje rozaba una de sus manos. Sus retinas siguieron un movimiento entre las sombras hasta que se toparon atemorizados con la figura de dos enormes panteras «dientes de sable», en cuyos cuellos brillaban dos collares cuajados de piedras preciosas, diamantes de Zankla. Estos dos magníficos ejemplares de predadores se acercaron mansamente hasta el Conde buscando una cariñosa caricia de su amo. *Debía de haber una fabulosa fortuna concentrada en aquellos collares* pensó con avaricia el embajador de Septem. Por sus miembros relampagueó un estremecimiento y el pánico mordió sus intestinos, produciéndole la urgente necesidad de ir al retrete.

—Venid a mí chiquitines. Venid a mí mis pequeños —dijo el Conde con acento alegre mientras acariciaba con dulzura el cuello de sus mascotas. Estas pasearon sus cabezas acariciando las rodillas del Conde, tumbándose finalmente a sus pies. Emitiendo un constante ronroneo de satisfacción.

—¿No son magníficos mis pequeños? —preguntó el Conde sonriente. Dio otra calada, expeliendo otra bocanada de humo, poniéndose a dibujar en el aire pequeños aros y volutas.

—Sí —fue todo lo que logró articular Slava Taideff.

Anteponer la fuerza de voluntad al pánico es lo que se denominaba como coraje, se dijo a si mismo tratando con esfuerzo de que la calma retornara a él para, por todos los medios, serenarse y no perder la compostura.

—No os preocupéis, querido embajador, mis querubines ya han cenado —murmuró el Conde.

¡Vaya consuelo! pensó Slava Taideff sintiendo como otro retortijón le sacudía el estómago. Un segundo después las barbillas de los Homofel al unísono se alzaron mirando fijamente al frente. Parecían haber olfateado las feromonas de sus rivales y aquello no pasó inadvertido al Conde. Este se miraba, como quién no quería la cosa, las uñas de su mano izquierda. Ya que, muy lejos de lo que pudiera pensar Slava Taideff, el Conde había previsto aquella actitud.

De otra puerta triangular, esta vez a su izquierda, surgieron otros tantos luchadores ataviados y armados para un combate en la arena. Se dirigieron al centro de la misma, repitiendo el mismo saludo lanzado con anterioridad por los guerreros de Slava Taideff.

—¡Larga vida al Imperator Viktor Raventtloft I!

Retrocediendo también como estos y preparándose para la lucha inminente mientras comprobaban sus armas y equipos. Clavaban, de vez en cuando, miradas furtivas a sus rivales que, como figuras de bronce, permanecían inmóviles. Aguardaban la hora del enfrentamiento con una calma que llamó mucho la atención de los hombres del Conde, provocando su desconfianza y recelo. Habían salido por el portón de entrada con toda la agresiva arrogancia del cazador y en tan solo unos cuantos segundos ya sentían la ansiedad de la presa. Olían el peligro. Aquello llamó poderosamente la atención del Conde.

—¡Nueve! mi querido Conde, inueve! Creáis una diferencia de tres a uno. ¡Me lo prometisteis!, me prometisteis igualdad de condiciones para mis Homofel —se quejó visiblemente indignado Slava Taideff.

—Mi querido embajador, si vuestros guerreros son como vos me asegurasteis, creedme, ya están en igualdad de condiciones —dijo con frialdad el Conde, lazándole una mirada que no admitía réplicas.

Slava Taideff empezó a levantarse de su asiento, cuando sintió como la mano de Mesala se posaba en su hombro obligándole a sentarse. *¡Los muy estúpidos! Si sus hombres los acorralaban, desataran toda la furia de mis Homofel con terribles consecuencias para todos ellos,* pensó.

La autosuficiente sonrisa que exhibió el Conde a Slava Taideff le obligó a mantener cerrada la boca, pese a que este había prohibido a sus Homofel no usar otras armas salvo las elegidas por el propio Conde. ¡Nada de sus armas!

¡Es muy estúpido! Poner a un Homofel en peligro de muerte provocará el uso de sus poderes para eliminar cualquier amenaza para su especie. Pues bien, como dirían los antiguos, el Conde ha sembrado vientos y recogerá tempestades, pensó el embajador de Septem mientras devolvía una cándida sonrisa que despertó la curiosidad del Conde. Dos Casacas negras, dos Zasars, dos Gladiadores Imperiales, dos metamorfos y un Ciberdroide de guerra. *¡Increíble!, cinco de las mejores armas que poseían las tropas del*

Imperio. Menuda sorpresa os vais a llevar querido sobrino del Imperator, pensó Slava Taideff.

—Hay demasiado silencio aquí —dijo bostezando con sonoro aburrimiento el Conde al mismo tiempo que soltaba un pequeño eructo sin ningún recato—. ¿Os gusta Vivaldi?, querido colega.

¿Música? ¿Por qué hablaba de música el Conde en un momento crítico como aquel?, pensó sorprendido.

—He escuchado algún concierto en el Teatro Imperial mi Señor.

—Vamos, vamos. No seáis tan modesto querido amigo —amonestó el Conde—. Bien que sea Vivaldi, mi buen Mesala. Las cuatro estaciones, a ser posible.

Mesala asintió pulsando una orden en su teclado de pulsera. Por unos altavoces disimulados alrededor de la arena—pentagonal, comenzó a sonar la pieza musical elegida por el Conde. Slava Taideff enmudeció, mirando estupefacto al Conde, sin saber que decir.

—Ah, la primavera. Hay que reconocer que los antiguos, pese a lo primitivo de su desarrollo tecnológico, tenían cierto talento para la música. Es delicioso, francamente delicioso. Escuchad esta parte de cuerda, magnífico —dijo el Conde con ojos extasiados, desperezándose y emitiendo un profundo bostezo.

Los guerreros Imperiales parecían acostumbrados a sus excentricidades. No obstante los Homofel de Slava Taideff nunca habían escuchado una música semejante, quedándose durante varios segundos maravillados ante aquella exótica pieza musical. Rápidamente se concentraron en sus rivales de enfrente.

Una luz naranja situada encima de la puerta triangular central parpadeó tres veces. Todos los guardianes Imperiales con sus enormes rifles láser abandonaron el recinto desapareciendo por aquella salida con presteza y férrea disciplina, cayendo a sus espaldas bruscamente con un metálico siseo el portón de seguridad.

—Que comience la función —murmuró alegremente el Conde fro-tándose las manos de pura excitación.

Sobre la arena los guerreros Imperiales formaron un semicírculo de ataque, avanzando tan solo tres de ellos, dos Casacas negras y un Zasars. El

resto permanecía aguardando su turno. Los Homofel formaron un triángulo defensivo, dejando más atrasada a la hembra del grupo. Las estrofas de música, daban a la arena—pentagonal una sensación surrealista.

Los soldados dieron un paso más, con una coordinación perfecta, como si los uniera un lazo—psíquico. La pareja de Homofel más adelantada se puso de perfil, adelantando cada uno su pierna izquierda, ofreciendo tan solo un lado, al mismo tiempo que levantaban, en un gesto defensivo, una Katana—corta, alargando a todo lo que daba de sí su brazo izquierdo, situándola a la altura de sus labios.

Los soldados Imperiales avanzaron otro paso formando una única línea de ataque a la vez soltaban su aterrador grito de batalla.

—¡Kosakre! ¡KOOSAAKREE! (¡Saborearé la sangre de tu derrota!). Las armas que les habían permitido portar a los Homofel eran únicamente una Katana larga y un cuchillo corto de artesanía Rebelis. Para Slava Taideff era algo tremendamente cautivador como, la práctica totalidad de los Homofel solían escoger armas de origen Rebelis instintivamente.

Por el contrario, los soldados Imperiales iban armados hasta los dientes, desde nunchakus de triple vara, pasando por espadas largas, tonfas de platanio, redes eléctricas, amplios tridentes o Katanas Imperiales de doble filo, tremendamente afiladas y generalmente impregnadas de veneno. Sintiendo el contacto de sus armas con una autosuficiente confianza. Aproximándose con un paso más, con las notas de Vivaldi saturando el ambiente.

Enigmáticos, pensó el Conde.

—Solo en el combate cuerpo a cuerpo, apreciareis la esencia de este inapreciable presente, mi Señor —susurró Slava Taideff.

El drama seleccionado por el Conde estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO II

ZALEY-TE

«EN LA SENCILLEZ ESTÁ LA VIRTUD»

PROVERBIO REBELIS.

Un par de pupilas de un color tan azulado y profundo como el invisible océano de pensamientos que contenían tras de sí, permanecían clavadas en la brillante luna del Planeta–Capital, de los Sistemas Fronterizos. Stephan Seberg, Primer Ministro de Zaley–Te, se hallaba sumergido en un descorazonador dilema moral. Su puño estrangulaba con furia sorda el papel de un correo recibido recientemente.

Las tropas Imperiales, habían conquistado Ankorak y rebasado todas las fronteras jurisdiccionales de nueve sistemas independientes. Transgrediendo todas las convenciones de paz de Las Cámaras de Los Sistemas Unidos y anexionando las colonias exteriores de la Interfederación cerca de Lijam–7. Una creciente ira inundaba sus venas. Oleadas de saqueos y asesinatos habían estallado en todos los rincones de los Sistemas Fronterizos. Los Casacas Negras del Imperator estaban devastando cada planeta de su pueblo. En esos momentos naves de desembarco, de guerra, orbitaban alrededor del planeta a la espera...de la orden final.

Su ultimátum no ofrecía alternativa alguna, sometimiento total o exterminio planetario. Un fino y delicado punto de luz, rasgó la noche con una luminosa línea ardiente. *Abí están. Y con ellos su mensaje de muerte*, pensó Stephan Seberg agitándose inquieto. Una voz formal brotó de un intercom, a sus espaldas.

—Una Embajada Imperial solicita permiso de audiencia personal con vos mi Señor Premier.

Qué educados, pensó Stephan Seberg, sin romper su silencio. De nuevo la voz formal con un ligero tono de impaciencia reclamó una respuesta. Stephan Seberg apretó con fuerza sus mandíbulas.

—Mi Señor. . . os ruego, se hallan a la espera.

—Que sean recibidos con toda la etiqueta y protocolo debidos a su rango. Se atenderán sus peticiones en la sala de audiencias del Gran Consejo.

—Como deseéis mi Señor —la voz cortó bruscamente el Intercom.

Antes debo atender otra delicada cuestión, pensó al tiempo que giraba sobre si mismo, daba un brusco paso y se detenía en seco, con la mirada clavada en la alfombra, concentrado en los pasos que debía tomar a continuación. Tenía un plan y debía ejecutarlo con precisión.

Rápidamente, tras acercarse a un pesado armario de antigua madera, Stephan Seberg accionó una palanca oculta, brotando del interior, una escalera que le condujo a un pasadizo hábilmente disimulado que desembocaba en una cámara secreta solo conocida por él y uno de sus amigos más leales. En su interior siete encapuchados aguardaban pacientemente su presencia. Una severa mirada de Stephan Seberg censuró la presencia de un par de hombres armados con rifles Rebelis de disparo silencioso. Al verle sus brazos se posaron en el corazón, saludándole a la manera Rebelis.

—Son Lobos–Nocturnos, auténticos guerreros Shinday, nada temas Gran Padre.

Un discreto gesto les obligó a retirarse tras unas cortinas a sus espaldas.

—Ya estamos solos. Ahora dinos porque requieres nuestra presencia con tanta urgencia —dijo una voz.

—El Imperator exige nuestra rendición.

—Lo sabemos. Lo sabemos antes, Gran Padre, mucho antes que. . .

—Han conquistado y saqueado. . . —intentó decir Stephan.

—Lo Sabemos, el tiempo apremia —cortó impaciente la voz.

—Ya nadie los parará. Debemos ganar tiempo hasta que consigamos

14 ayuda de los Síllmarem. Mis correos partieron hace siete semanas.

—También lo sabemos, llevamos mucho tiempo luchando contra el Señor de las garras de platino. Dinos que quieres de nosotros Gran Padre —dijo otro de los encapuchados con voz profunda.

—Dinos Asey, ¿qué quieres de los hijos de los árboles?

—Vosotros sois los siete Niskatares, los guías de las siete naciones Rebelis, yo Asey como Gran Munjat, el gran padre—guía del pueblo Rebelis, solicito vuestro brazo para declarar la Ola—tahey al Imperator.

—La guerra eterna al Imperator.

Tres de los encapuchados se levantaron bruscamente.

—Hace cinco milenios que no se declara la Ola—tahey. Es un suicidio, una locura, solo en caso de extrema amenaza, para nuestro pueblo, se puede declarar —dijo bruscamente una de las voces.

—Estamos al borde del exterminio. No tenemos alternativa. Solo cuando la mano derecha del Imperator sea cortada como gesto de rendición, se cerrara la Ola—tahey.

—Sé que millones de los nuestros morirán, pero es preferible eso a la total desaparición de nuestra raza. No hay alternativa —dijo Stephan Seberg tendiendo sobre la mesa siete ramitas de pino con una cinta roja enroscada alrededor—. Que nuestro padre espíritu nos dé el día en el que las armas desaparezcan y sean sustituidas por la inteligencia y la sabiduría. Para hallar la paz entre los hombres. Hasta entonces que nos dé fuerzas y valor para cumplir con nuestra Ola—tahey, nuestra guerra eterna al Imperator. Mi mente es vuestra mente, mi corazón es vuestro corazón, así sea.

—Así sea —repitieron los siete encapuchados al unísono, cogiendo con temor reverencial las ramas de pino y ciñéndose en sus frentes, las cintas escarlatas, cerrando así su ritual.

—Hora es de partir —dijo Stephan Seberg. —Sed cautos, tiempos oscuros nos apresan las almas, sumiendo nuestro destino, a la más profunda de las ignorancias, vidas que apagan vidas, sangres que derraman sangres, hombres que exterminan a hombres. No perezcáis en la fatalidad del odio, sino sucumbiréis como lo han hecho ya nuestros asesinos, en la muerte de su alma inmortal —dijo con voz lúgubre Stephan Seberg— Partid hermanos y haced que nuestra Ola—tahey se extienda tan largamente como podáis.

Los siete encapuchados, tras levantarse, se inclinaron y salieron cautamente de aquella cámara secreta. *Guerra*, pensó tristemente Asey. *Debemos ganar tiempo*. Sus músculos se resentían a medida que regresaba por aquellas interminables escaleras a su despacho.

Tiempo, ¿para qué? Sabía la animadversión que poseía el Imperator hacia otras razas que consideraba débiles e inferiores, pero aquella táctica de ataque frontal no tenía sentido. Era una invasión secreta, pero ¿por qué? ¿Qué esperaba conseguir el Imperator con todo ello? Todos sabían cuanta superioridad bélica poseía el Imperio frente a las demás potencias y civilizaciones y aún así había atacado sin previo aviso y provocación. El Imperator debía de tener un motivo muy concreto, pero ¿cuál y por qué? Debía de ser un poderoso motivo, tan poderoso, que pusiera en marcha toda su maquinaria de guerra.

Por otra parte sus espías y contactos le habían comentado la posible relación entre el asesinato del Archiduque de Portierland y aquella repentina expansión bélica. Se decía que este, había descubierto un profundo secreto del Imperator y que su hija, tras la masacre perpetrada a toda su familia, se había hecho con este poderoso secreto, siendo perseguida por los cazadores del Imperator. Unos decían haberla avistado en el mismo Akila, otros en Ekaton e incluso en Nemus—Iris. Rumores y habladurías, probablemente ya estuviera muerta.

De ser así quizás, solo quizás, ella poseyera un instrumento de lucha contra el Imperator. *Son solo especulaciones y yo necesito hechos*, pensó Stephan Seberg apretando su ritmo de paso.

Franqueó dos gigantescas columnas que contenían sendas lámparas en forma de árbol que simbolizaban los guardianes de los bosques Rebelis. Alfombras y tapices Rebelis tejidos a mano con suma maestría, ornamentaban las paredes y los suelos, mostrando diversas figuras mitológicas y escenas de hazañas bélicas.

Al atravesar una enorme puerta de madera, que giraba sobre si pesadamente, Stephan Seberg se acercó a la amplia mesa de reuniones del Alto Consejo de Zaley—te. Los guardias apostados frente a cada columna se pusieron en rigurosa posición de firmes. Alrededor de la mesa solo había unos cuantos miembros del consejo, el resto permanecían desaparecidos, luchando en sus mundos de origen o cautivos bajo las garras del Imperator.

Stephan Seberg se sentó en el sillón presidencial.

Un Ayudante le entregó una pequeña nota y le susurró algo al oído.

—Miembros del Consejo, debo comunicaros la inminente reunión solicitada por una embajada Imperial. No os voy a decir nada que no sepáis de nuestra actual situación.

Un pequeño murmullo de asentimiento recorrió la sala.

—Tan solo podemos ganar un poco de tiempo. *A quién quieres engañar*, se dijo Stephan. *Vamos a morir todos*.

—¿Tiempo para qué? —aulló una airada voz—. Han exterminado la mitad de nuestros planetas, esclavizado a nuestros hombres, asesinado a nuestros hijos y ancianos por ser una carga económica para ellos y violado a nuestras mujeres. ¿Qué más podemos perder mi señor Premier? Ya no nos queda nada, ¡NADA!

Stephan Seberg permaneció en silencio un par de segundos, un silencio que sacudía sus cuerpos. Estudió los rostros fugazmente. Ira, terror, desesperación, abatimiento. *Necesitamos nuestro coraje más que nunca*, pensó. Se esforzó para hacer de su rostro una máscara.

—Tenemos una posibilidad de salvar lo que queda de nuestro pueblo —su tono de voz, impregnado de una profunda serenidad, sembró un velo de duda entre los miembros del Consejo que le permitió obtener su atención.

—¿Posibilidad? ¡Estamos derrotados! —dijo unos de los miembros, que ostentaba el cargo de presidente de Andisman—4.

—Pero no vencidos —matizó Stephan.

—Y, ¿qué esperáis hacer mi Señor Premier? ¿Dialogar con el Imperator y pedirle educadamente que se lleve a sus tropas sino es mucha molestia? —preguntó otra voz rabiosamente.

—Comprendo que...

—Vos no comprendéis nada, maldito Rebelis —dijo otro de los miembros, cuyos prejuicios raciales, le hacían considerar a los Rebelis como piltrafas subhumanas sin ningún tipo de consideración. Stephan Seberg hizo un supremo esfuerzo de autodominio. Los guardias se pusieron en alerta.

—Señor, ignoraré vuestra impertinente observación, como vos habéis ignorado como toda mi familia, Rebelis o no, ha sido exterminada por las

tropas Imperiales, como muchos de mis hombres Rebelis han sacrificado sus vidas para que vos podáis estar aquí vivo y sano, tan sano como para olvidar tanto vuestros modales, como vuestro agradecimiento a tal sacrificio. Así que teniendo en cuenta las circunstancias, ignoraré por esta vez vuestra observación, por esta vez.

En el aire se respiraban las implicaciones de esta última observación. Una espesa manta de silencio cubrió sus rostros, ocultando sus temores y resentimientos hacia el Premier. Lo tenían por un hombre demasiado independiente y audaz en sus decisiones, un corazón demasiado salvaje. Solo el apoyo de los ancianos del Consejo y el pueblo le habían otorgado tal cargo, sin contar con la lealtad ciega, de todas las etnias de los bosques y las montañas, los indomables Rebelis y sus temibles guerreros Shinday. Era demasiado honrado, demasiado peligroso para el gusto de muchos de los presentes.

—Mi señor Premier, ¿cuál es la posibilidad de la que habláis? —preguntó uno de los miembros más antiguos del Consejo.

—Efectuaremos un éxodo masivo hacia los planetas de máxima seguridad de la Interfederación, para después, pedir asilo político a los Sillmarem.

—Pero si nadie sabe quiénes son, ni cómo son, ni dónde están sus mundos.

—Yo serví con ellos durante un tiempo.

Todos los miembros del consejo murmuraron perplejos entre si.

—¿Y cómo pensáis contactar con ellos, Señor?

—Ya lo he hecho —dijo Stephan.

—Entonces... —comenzó a decir una voz.

—Debemos establecer un orden de prioridades. Todos los miembros del Consejo acatareis mis órdenes sin dilación, ni duda. No os lo pido, os lo exijo. Si en verdad queréis que sobrevivamos a toda esta riada de destrucción Imperial, Onistaye mi lugarteniente de confianza os dará las órdenes pertinentes para que cada uno de vosotros se responsabilice de la evacuación de vuestros mundos respectivos. En este instante naves ocultas de la Interfederación se hallan dispuestas para el éxodo masivo de la población. ¿Y bien? El tiempo apremia y como vuestro Premier os exijo una respuesta.

—Pedís una confianza, una obediencia suicida —gritó una voz.

—Estamos en tiempos suicidas, os recuerdo que una delegación Imperial, aguarda al exterior de esta sala de audiencias y os recuerdo, que tomaré cualquier medida por drástica que parezca, para salvar a nuestro pueblo —dijo Stephan Seberg al tiempo que los guardias daban un paso al frente.

Malditos burócratas del poder, pensó Stephan Seberg, *en el cómodo bienestar de vuestros asientos habéis perdido el contacto con las auténticas necesidades de vuestro pueblo durante siglos enteros y ahora que veis peligrar vuestros intereses personales os halláis acorralados como ratas, malditos seáis. Vuestra negligencia y descuido han costado millones de vidas y más que nos costaran, malditos seáis.*

—¿Y bien, aceptáis mis condiciones? —insistió Stephan Seberg.

—Acepto —dijo una voz de mala gana.

—Acepto.

—Yo también acepto —dijo otra voz. La misma respuesta se repitió en los labios de cada miembro del Consejo.

—Aceptamos.

Por ahora, pensó Stephan Seberg.

—Bien. Mi mente es vuestra mente y mi corazón es vuestro corazón —Stephan Seberg saludó a la manera Rebelis— Ahora partid.

Los miembros del Alto Consejo fueron conducidos rápidamente por un pasadizo secreto, escudados por el cuerpo de escoltas.

Ahora viene la parte más difícil, se dijo a si mismo Stephan Seberg. No se le había escapado como algunos miembros del Consejo, reprimían airadas miradas, ante su saludo Rebelis.

Stephan Seberg se encargaría personalmente de que, en el futuro, el Consejo fuera presidido por representantes de todas las etnias existentes en los Sistemas Fronterizos. No más discriminaciones.

Esa es nuestra mayor riqueza se dijo a si mismo mientras se dirigía a la sala de audiencias. Se acomodó en un sillón presidencial que situaba la mirada de sus visitantes a la altura de sus pies. Aquello era una treta psicológica premeditada.

Por una abertura lateral, su lugarteniente Onistaye, se situó a su lado. Un selecto grupo de guardias armados hasta los dientes, tomaron posiciones por toda la estancia. Stephan Seberg inspiró profundamente.

—Que pasen Onistaye —susurró el Premier de los Sistemas Fronterizos—. Que empiece la función.

Onistaye asintió. En una pequeña holoimagen situada sobre su antebrazo, comprobó como toda la delegación era explorada de pies a cabeza. Nada de armas biológicas, ni drogas ópticas, microbombas de destrucción localizada, ni de radiación limpia.

—Bien, que pasen —ordenó Onistaye por su intercom.

Nada menos que tres Generales Imperiales de sector hicieron acto de presencia en la sala, con descarada arrogancia. No portaban ningún tipo de escolta o guardia de honor. Su prepotente confianza resultaba insultante para los guardias de Stephan Seberg. Casi todos habían perdido seres queridos asesinados por aquellos mismos hombres. Por idéntico motivo Stephan Seberg había seleccionado a aquellos guardias. Eran todos Rebélis y no desafiarían ninguna orden suya. Stephan sabía que un solo descuido o altercado propiciaría el desastre.

Impecables uniformes pensó.

Sobresaliendo del grupo, con una altura de dos metros, el General Ivan Zarkoff exhibía toda una pechera de medallas, a cada cual más impresionante y reluciente. Desprendía un caro y exótico perfume de Indha. Los gemelos de sus mangas poseían la forma de las águilas Imperiales.

—Mi Señor Premier —saludó con una inclinación de cabeza, dando un sonoro taconazo.

—Sed bienvenidos a mi humilde morada, Altos Señores de Akila, ¿en qué puedo servirlos? —preguntó alegremente Stephan Seberg, sin dejar de controlar la más sutil de sus reacciones. *Debo de ganar todo el tiempo que pueda*, pensó.

—Mi Señor Premier, tengo el deber de comunicaros, bajo la bendición de nuestro augusto Imperator Viktor Raventloft I, que hemos declarado los Sistemas Fronterizos protectorado oficial del Imperio y asumiremos temporalmente el Gobierno provisional del Alto Consejo de Zaley—te, hasta reestablecer el orden y la paz en dicho cuadrante, nos hemos visto obligados a extender nuestro cinturón de seguridad por motivos estratégicos y de primer orden para salvaguardar nuestra milenaria soberanía —dijo con voz marcial el General Zarkoff.

—Debo recordaros, General, que Zaley—te también es una soberanía milenaria y que bajo el tratado número cuatro, párrafo dieciséis de los Sistemas Unidos, cualquier intento de anexión injustificada por parte de cualquier potencia exterior, será perseguida por el resto de civilizaciones pertenecientes a dicho tratado —explicó mansamente Stephan Seberg.

—Cierto. Por ello, hemos mandado toda la documentación pertinente a la Cámara de Justicia del Alto tribunal de los Sistemas Unidos —afirmó contundentemente General.

Material falsificado, pensó malhumorado Stephan Seberg, *con miembros comprados o chantajeados. Aquel General no se dejaba provocar, tenía cabeza.*

—Mientras tanto debemos tomar medidas preventivas por pura necesidad defensiva —justificó el General.

Estoy seguro de ello, pensó Stephan Seberg.

—La grave amenaza de las incursiones y asalto de nuestros cargamentos de hielo violeta y el constante hostigamiento de vuestros forajidos Rebelis, han alarmado a nuestros mismos dirigentes Imperiales de Thanos y Akila. Vuestra total falta de control sobre tales parias, han costado monstruosas pérdidas materiales al Imperio, creando una desagradable y caótica situación de inseguridad que no puede ser consentida bajo ningún concepto ni circunstancia en nuestras fronteras. Ante tales hechos debemos liberar a todo pueblo civilizado de esta amenaza de anarquía —sentenció el General.

Hielo Violeta, pensó Stephan Seberg. *Así se denominaba en la terminología Imperial al mineral energético de Vignis, extraído en las minas de Krystaluss—Nova.*

—Aun así, necesitaremos un mínimo de tiempo para el traspaso de poderes, bajo la supervisión de un comité de Sucesión Neutral de los Sistemas Unidos, tal como marcan las leyes vigentes. Además de los testigos oculares de tres civilizaciones ajenas a tal cuerpo representativo —dijo Stephan Seberg mirando de reojo a sus guardias.

—Tal comité se halla bajo la protección Imperial, a la espera de vuestro permiso de entrada —dijo sonriente el General, con malévola mirada.

Un comité de títeres, estaban en todo, caviló Stephan Seberg.

Tenía la sensación de que iban siempre un paso por delante *ile cogían a contrapié!*

—Tenéis cincuenta horas Imperiales para un pacífico traspaso de poderes —esto último lo recalcó lanzando una significativa mirada, a lo que añadió— por supuesto, ello incluye la entrega de la siguiente lista de forajidos y asesinos perseguidos por el Imperio. El General dejó caer dicha lista sobre el suelo, resonando en toda la sala el golpe seco de la metálica carpeta que la portaba. Con un ligero gesto de cabeza, sin pedir permiso para retirarse, le dieron la espalda.

La delegación Imperial con sendos taconazos, dio por concluida la audiencia. Stephan Seberg, tomó la lista del suelo comprobando como el primero de una larga fila, era el forajido Rebelis conocido como Asey.

Onistaye cruzó una mirada de comprensión con él.

—Haré los preparativos pertinentes mi Señor.

—Vaya, no sabía que mi cabeza tuviera un precio tan alto a pesar de estar bastante carente de ideas últimamente —susurró para sí.

Es cierto, yo soy Asey pero, ¿quién era Asey en realidad?

El líder de una guerra no oficial declarada hacía mucho tiempo al Imperio. Las acusaciones del General Zarkoff tergiversaban la realidad actual con escandalosa desfachatez. Los Rebelis se habían limitado a defenderse de los furtivos exterminios Imperiales. Aquellas tribus de hábiles cazadores, exploradores y guerreros, jamás habían aceptado someterse a la corrupción Imperial.

Desde un principio, comandados por Asey, habían librado encarnizados golpes de guerrillas contra los invasores Imperiales. Era una lucha desigual y lo sabían.

Sus guerreros Shinday se habían especializado en fulgurantes ataques a objetivos muy precisos y estudiados. Las represalias Imperiales a su vez, produjeron, el efecto contrario al deseado por los altos mandos Imperiales. La rebelión abierta y sin concesiones. Inutilizaban estaciones orbitales, demolían bases espaciales, aéreas y submarinas. Asaltaban puestos de mandos avanzados, saqueaban los suministros de Vignis Imperiales, para después comprar armamento ilegal de Invenio, medicinas o alimentos. Incluso se habían atrevido a hacer incursiones detrás de las líneas enemigas, con arrogante descaro.

Lo que ignoraban todos los miembros del Consejo de Zaley—te y la mayoría de su pueblo, era que Stephan Seberg, brillante científico de Thenae y anterior maestro de Thenak, era en realidad Asey, el guerrero sin rostro que traía en jaque a la guardia fronteriza Imperial.

El azote de las tropas de rastreo de Ankorak, el salteador de las naves de mercancías de Vignis Imperiales, el hombre que con pocos recursos y escasos medios, había osado desafiar al Señor de las dos águilas de platino. El único luchador rebelde que, en toda la historia del Imperio, había logrado atravesar sus líneas y regresar ileso. Él era la ira de los bosques, la furia de las montañas, él era el vengador de Nemus—Iris, Asey, en su lengua vernácula, significaba «El valeroso». Stephan Seberg era Asey, líder del pueblo Rebelis y sus siete naciones, bravos guerreros que se enfrentaban a la exterminación, por parte del Imperio, de los Sistemas Fronterizos con gritos de Libertad o fuego. Si no hubiese ocultado su identidad, habría precipitado la catástrofe sobre su pueblo.

Había practicado un letal doble juego político, con el fin de ganar tiempo para conseguir la ayuda de la Interfederación y Síllmarem. Por un lado mantener la independencia de su pueblo sin provocar al Imperio y salvar así todas las vidas posibles, por otro, luchar con la resistencia Rebelis para contener las incursiones de las fuerzas fronterizas del Imperio. Su situación actual ya no era un juego, aquellas tropas que orbitaban alrededor del planeta, eran fuerzas de invasión de primer orden, auténticos asesinos profesionales. *Estoy en la cuerda floja*, pensó.

Echaba de menos Thenae y todo lo que para él era querido. Su esposa Elke había sido nativa de Nemus—Iris y al igual que él su hija Sarah, nativa de Thenae. También estaba allí, bajo el tutelado de Anastas Timonides Kratides. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la vio? Ya no podía asegurarlo.

Acarició en su pecho, un reluciente medallón de oro, estuche cuyo valioso contenido eran dos diminutos retratos de su difunta mujer y su hija Sarah. Dos imágenes muy queridas para él.

Concéntrate en el presente Stephan, se dijo a si mismo.

La entrevista con el General Zarkoff, no otorgaba buenos augurios para su pueblo. La llegada de Miklos Síllmarem era aún una incógnita, al igual de

las líneas de acción que emprenderían el resto de fuerzas del Universo y cómo se precipitarían los acontecimientos. Uno de los mayores temores que podía paralizar la capacidad de acción de los Sistemas Unidos era, una guerra total entre dos grandes bandos. Uno a favor del Imperio y sus aliados y otro a favor de la Interfederación de Planetas Libres. Convirtiendo el cosmos civilizado en un total caos. Nadie se arriesgaría a una opción así, nadie a menos que obtuviese un inusitado poder.

A lo cual, si la mayor parte de las fuerzas del Universo utilizaban su derecho de no beligerancia y no intervención en un conflicto o guerra de Sisfron con el Imperio, se quedarían solos y condenados a su suerte. A menos que Miklos Sílmarem les ayudase. Esta era su única y desesperada opción. La voz de Miklos tenía un poderoso peso en el Consejo de los Sistemas Unidos, en la Interfederación e incluso en el mismo Imperio.

Posibilidades, posibilidades, los polos opuestos se atraen. La guerra del Infinito es inevitable. Quizás me estoy haciendo viejo, pensó.

Unos minutos más tarde Onistaye le ayudaba con los comunicados y partes de batalla. Las noticias eran cada vez peores. Pequeñas tropas de desembarco Imperiales estaban tomando la parte sur del planeta. Le pedían más ayuda armada para rechazar a los escuadrones Imperiales. Las defensas del planeta estaban cayendo. Los puestos avanzados de seguridad eran insuficientes. Atacaban incluso las naves de transportes de la Interfederación. Los bombardeos de superficie eran cada vez más violentos. Las fragatas médicas eran hechas pedazos.

Cincuenta horas más tarde la guerra de Zaley—te era un hecho inevitable. Un comando de elite del Conde Alexander Von Hassler, había logrado localizar a todos los miembros del Alto Senado antes de partir. Indudablemente había espías y traidores metidos en ello. La cabeza de los Sistemas Fronterizos caía arras-trando consigo a los pocos restos que quedaban aún, de su civilización.

Stephan Seberg tomó el control del gobierno, declarando la ley marcial en todo el Sistema planetario. Leyó un discurso, que irradió por todos los Sis-temas Fronterizos, preparando a la población para la lucha y la resistencia.

Se inició un éxodo masivo hacia Thenae y los planetas aliados de la Interfederación, al tiempo que empezaba una desesperada resistencia por todo el orbe. La ciudad se hallaba en llamas.

Debía abandonar su amado Zaley—te para proseguir la guerra en Nemus—Iris y demás planetas exteriores y para reunir a tantos guerreros como pudiese. Tantas cosas por hacer. Millones de familias dejaban atrás sus hogares para no volver a verlos, tal como los conocieron, nunca más.